

## HERMANAS SIAMESAS

Sergio RAMÍREZ

La novela en América Latina ha dado cabida siempre a lo inverosímil, porque lo inverosímil está en la realidad y en los hechos de la historia que por eso mismo nos llenan de perplejidad. Siempre nos hemos movido entre la sorpresa y el asombro, la exageración de lo real y la incredulidad ante lo verdadero, acostumbrados a ver la historia como novela y la novela como sustituto de la historia, porque ambas parecen vivir en el mismo territorio tan dual de la imaginación, como hermanas siamesas que son.

Es lo que deberíamos llamar la anormalidad constante. Y eso de que tantas veces no podamos distinguir entre hechos reales y hechos de la imaginación, hace que entre historia y novela se cree un tráfico de intercambios, y así, ambos se llegan a prestar sus instrumentos y sus procedimientos a la hora de narrar. Se supone que la literatura miente, y que la historia dice la verdad. ¿Pero quién miente a quién?

Hoy, cuando vivimos la historia a domicilio en las pantallas, no hay nada velado, y nos abruma el exceso de información. Pero no podríamos afirmar que los hechos que se nos comunican de manera tan constante han ganado una calidad verificable, suficiente como para ubicarse sin reparos en el terreno de la verdad, que siempre será subjetiva. Cuando se trata de relatar hechos, los de hoy y los del pasado, no podemos despojarnos nosotros, ni despojar a los acontecimientos mismos, de ese velo engañoso que cambia las imágenes, trastoca los criterios, premia y castiga, exalta y disminuye, y contrapone buenas intenciones y malicia; o porque ese velo es extendido por la mano de intereses políticos, ideológicos, corporativos o religiosos. Por eso mismo es que la novela, que ya se sabe que miente, gana crédito porque seduce mejor.

Por mucho tiempo la historia se escribe a favor o en contra de alguien, y no pocas veces por comisión del interesado; sino recordemos a López de Gómara componiendo en Valladolid su *Crónica de la conquista de la Nueva España* bajo cargo de Hernán Cortés, quien buscaba recuperar sus fueros en México, otra vez como gobernador todopoderoso, y necesitaba ser exaltado como el héroe único de la conquista de Tenochtitlan. Por eso mismo es que Bernal Díaz del Castillo, cuando lee aquella crónica se siente ofendido porque bajo pretexto

de la historia le están contando su propia vida de manera mentirosa; se la está contando alguien que no estuvo en el lugar de los hechos como él, que fue soldado de a pie de Cortés.

Y entonces escribe su *Historia Verdadera de la Conquista*, que nos seduce como si fuera una novela porque se aleja de la aridez del texto de Gómara. Hay en Bernal un afán de informar exhaustivamente, con precisión, como cuando nos da el número de soldados muertos en una batalla, y de ser posible la lista de sus nombres y apellidos, oficios anteriores y edades. Es lo que hace un novelista, sabedor de que la literatura no se ocupa de lo general, sino de lo específico, y que la credibilidad comienza por los detalles.

Bernal declara a cada paso que quiere ser veraz, y en ese afán nos deslumbra como narrador. Y a cada paso también acusa a Gómara de mentiroso, porque exagera y se pone como testigo de lo que sus ojos nunca vieron. Pero los diarios y cartas de relación de los demás descubridores y conquistadores, y los textos de los cronistas de indias, son documentos de testigos presenciales, y de protagonistas, que relatan lo visto y experimentado con un disfraz de verdad que deja percibir todo lo que tienen de inventiva. Eran hijos de los libros de caballería y sus cabezas estaban llenas de fantasías tenaces que eran parte de su visión del mundo, y, de alguna manera, de la realidad, bajo aquel velo incierto donde mentira y realidad se confunden y disuelven juntos.

De alguna manera fueron los primeros novelistas en tierra americana. Y por eso es que, desde entonces, la literatura tiene no pocas veces más credibilidad que la historia misma. Y también por eso mismo la novela se convierte en el lugar de encuentro donde todo cabe: autobiografía y biografía, documentación histórica, geografía, cartografía e historia natural, sociología, demografía e informes estadísticos, y digresiones de cualquier clase, tal como lo estableció Cervantes al fundar la novela moderna, y también la postmoderna. Es la ambición desmedida de la totalidad, emparentada con la exageración.

Las novelas seguirán saliendo de la entraña de los hechos anómalos de la historia, y como antes las tiranías militares y los tiranos de opereta, el siglo veintiuno nos entrega un repertorio de verdades que parecen imaginadas: las pandillas de las Maras en Centroamérica, convertidas ya en un verdadero ejército capaz de desatar una guerra civil, que decapitan a quienes se resisten a pagarles protección, e incendian autobuses urbanos con todos los pasajeros adentro; los cementerios clandestinos que se siguen llenando de cadáveres anónimos en México, Guatemala, Honduras, y los más antiguos donde fueron a dar las víctimas de las dictaduras militares que los arqueólogos forenses exploran en el cono sur, cada nuevo hallazgo un nuevo horror; las comunidades indígenas que ven arrasadas las selvas donde viven y sus ríos envenenados, y cuyos líderes son asesinados por los gamonales de horca y cuchillo que extienden sus cultivos de soya y crían ganado en las tierras antes vírgenes en la Amazonía brasileña; los reyes de baraja del narcotráfico, los

caudillos de hoy día, que se sientan en retretes de oro y coronan reinas de belleza mientras disputan el dominio político de territorios enteros en México; los emigrantes centroamericanos perseguidos y chantajeados por las bandas de los Zetas a lo largo de toda la ruta a través de México, y que terminan dejando sus huesos en el desierto de Arizona; la corrupción, como esa piel purulenta que viste al poder político en América Latina, cualquiera que sea su signo ideológico.

La novela no funciona como texto sociológico, ni como alegato político. La novela es un texto sobre la vida, la pasión, el amor, el horror, la locura y la muerte. Pero arrastra consigo la visión de la sociedad mejor que cualquier tratado científico en la medida en que retrata las vidas de los seres humanos que como individuos sufren las consecuencias de esa anormalidad de la historia que les es impuesta y a la que no pueden escapar, y les impone cambios abruptos y sorprendidos, exilio, separación, soledad y abandono.

La novela se abre paso en la textura del pasado reciente, el que apenas deja de ser presente, y en el presente mismo con toda su volatilidad, entre asuntos que siendo contemporáneos quedan a la vista en el registro cotidiano de las noticias; pero también acude a los asuntos escondidos en archivos olvidados, siempre en busca de sus cualidades singulares, de su anormalidad y su extrañeza, de sus relieves exagerados, de su capacidad de causar asombro, desazón, sentimiento de injusticias no reparadas, e indignidades ocultas; y también entra en las galerías interminables de personajes oscuros que el ojo del novelista es capaz de iluminar en la historia, héroes falsos a los que poner en evidencia, o héroes verdaderos relegados a los rincones más desolados de la memoria.

Y esa vieja pretensión de la novela, no sólo de parecerse a la realidad, sino de ser aún más deslumbrante que la realidad.